

sentiríamos tentados de matizar e incluso (excepcionalmente) corregir. Y es que se acoge por momentos la versión conservadora nacionalista, que es infundada, o mejor, que se basa en lo que no es sino una trampa, la máscara de Fernando VII. Da igualmente por buena la «consagración» de España al Sagrado Corazón de 1919. Presenta alguna debilidad respecto de ciertos populismos o dictaduras militares considerados de derechas. También del régimen de Franco, que en este asunto ni fue unívoco ni siempre acertado. El capítulo cuarto, por su parte, menor, aunque comprensible dada la obediencia religiosa del autor, se refiere a la abadía benedictina de Esquipulas, santuario hispanoamericano que califica de capital centroamericana de la fe. Finalmente, en apéndice, figura un cuadro con el patrocinio mariano de las naciones hispanoamericanas.

El libro, notable, refuerza una línea muy necesaria para la cultura católica española, también política. De manera que en una satisfacción para estas páginas dar cuenta de su aparición.

Vicente BERROCAL

**Claude Barthe, *La tentation de ralliement*, Paris, Éditions de L'Homme Nouveau, 2022, 114 pp.**

El sacerdote Claude Barthe es uno de los más significados representantes de lo que en Francia se llama cronista religioso y tiene difícil traslación incluso en Italia, por no hablar de nosotros. Caracterizado por un enfoque profundo y un estilo de alta divulgación. El *abbé* Barthe es autor de una obra extensa, singularmente de materia litúrgica, pero no sólo, en el ámbito de la crisis de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX, de la que aún no ha salido. En este sentido, no ha despreciado nunca, aun sin haber constituido el centro de sus preocupaciones, las cuestiones políticas, como mostró tempranamente en su *Trouvera-t'il encore la foi sur la terre?* (1996), cuyo primer capítulo se titula «Las contradicciones de la Iglesia del Syllabus». En esta línea se sitúa el pequeño volumen que hoy traemos a esta sección y que lleva por subtítulo el de «Ser católico en democracia».

El libro consta de una introducción, cinco capítulos y una conclusión. Cada una de esas partes se inicia con una cita de Georges Bernanos. Un apéndice y una nota de agradecimiento completan el volumen. La introducción está encabezada con la rúbrica de «Estar en el mundo sin ser del mundo». Consta para empezar el autor que la ciudad cristiana ha desaparecido tras el acontecimiento formidable que fue la Revolución francesa (podríamos decir la revolución liberal) y que muchos eclesiásticos (y católicos) juzgan su disolución como irreversible, adhiriéndose (eso quiere decir el verbo francés *se ralliér*) intelectual y moralmente en distintos grados a la situación institucional que ha engendrado. De manera que las consideraciones que va a desarrollar –añade– miran en cambio al restablecimiento, por lejano que fuere, de esa ciudad cristiana, que anima a la virtud y prepara para recibir el Evangelio.

El capítulo primero se titula «la Iglesia y la tiranía de las leyes o las leyes de las tiranías» y examina la cuestión de la ley y su desnaturalización positivista, así como en particular la avalancha de normas tiránicas que minan los fundamentos del orden natural y subvierte la noción de bien común. Los Estados de derecho (de derecho *nuevo*) contemporáneos han renegado de las promesas del bautismo de sus naciones. A este asunto dedica el capítulo segundo, donde destaca que en el mundo católico actual se nota una ausencia de análisis autónomo (sociológico y teórico) que permita conocer el sistema dominante y su evolución. Y donde precisa que la actitud de los cristianos en la modernidad debiera ser la de los «refractarios» (nombre que se dio a los sacerdotes que se negaron a jurar la Constitución civil del clero durante la Revolución francesa), puesto que el *ralliement* a las instituciones del *derecho nuevo* no es sino la consecuencia de una forma de desesperanza.

El capítulo siguiente se acoge a la rúbrica de «Cristo Rey hoy: una doctrina vaciada» y encuentra que en nuestros días la laicidad, considerada irreversible, ha vaciado la doctrina de la encíclica *Quas primas* sobre la realeza de Cristo y practicado una suerte de autosecularización. A continuación, el cuarto considera «la tentación recurrente del *ralliement*», contrastando el magisterio de condenas con la diplomacia de conciliación: la coronación



de Napoleón, las consignas de León XIII (en España, en Francia, un poco por doquier, salvo en Italia donde se mantiene el *non possumus*), la política de Pío XI (con la condena de la Acción Francesa, el abandono de los cristeros y –podríamos añadir– la política con la II República española), Pío XII y la democracia. El último se pregunta por el magisterio político del mañana, visto que con el Vaticano II la «hipótesis» del siglo XIX se ha tornado «tesis», sin que haya servido para apaciguar a los Estados, que –por el contrario– parecen siempre más contrarios a la Iglesia, a su vez siempre menos respetada.

La conclusión trata del problema de «vivir moralmente en un mundo malo». Que concreta en amar particularmente nuestro país, vivir honradamente y aún más cambiar el mundo, así como mantener la llama de la esperanza y acabar con el individualismo. Como se dijo antes sigue un apéndice que ofrece un «ensayo de psicología de un católico *rallié*» (en la España del XIX se le llamó *mestizos*) en los siguientes rasgos: constatación «realista» de la victoria definitiva de la democracia, desconocimiento de la naturaleza de ésta, típica mala conciencia e interiorización de intereses opuestos. Un agradecimiento final cierra el libro: al arzobispo Marcel Lefebvre, de quien «recibió la gracia del sacerdocio» y que le hizo «comprender la doctrina de Cristo Rey». Como quiera que el autor abandonó la Hermandad de San Pío X, primero para profesar el sedevacantismo y para reincardinarse después en una diócesis francesa, resulta particularmente significativo el mismo.

El libro, breve, es sin embargo de enorme interés. Puede sintetizarse en esta frase: «El oponente al social moderno debe ejercitar constantemente una ascesis mental y moral de no-integración, sin tomar nunca la forma de una huida sectaria o comunitarista. La misma precisa de una educación a la resistencia espiritual, intelectual, ética, que deberían dispensar los clérigos y en primer lugar los obispos, pero que tienen que asumir en todo caso los padres y los enseñantes católicos».

Manuel ANAUT